

una creación artística. Le es imposible concebir la actividad literaria como algo que se justifica por sí mismo. Por todo ello, *La Generación del Noventa y Ocho* como entidad, como "libro", es una falsificación sistemática del asunto tratado. Sin embargo, y si no dejamos de tener presente dicha falsificación, pudiéramos decir que el análisis detallado de los diferentes autores encuadrados en sus apartados lógicos es particularmente valioso. Es éste un libro cuyas partes suman más que su total.

STEPHEN GILMAN.

Princeton University.

ALEXANDER BRYAN JOHNSON, *A Treatise on Language*. Edited, with a Critical Essay on his Philosophy of Language, by David Rynin. University of California Press, Berkeley and Los Angeles, 1947, 443 págs.

El abogado, comerciante y banquero Alexander Bryan Johnson (1786-1867) publicó su *Philosophy of Human Knowledge, or a Treatise on Language* en 1828. La edición de 1836, que corrige y amplía la anterior, lleva título más exacto: *A Treatise on Language, or The Relation which Words bear to Things*. Éste es el libro que reedita ahora Mr. David Rynin, presentando a Johnson como al más importante precursor norteamericano¹ de la investigación "semántica", en el sentido que dan hoy a este término los empiristas y positivistas lógicos.

El mismo Johnson consideraba su obra como un intento de enseñar a ver las cosas con independencia de sus nombres. Las cosas se dan directamente a los sentidos; los nombres son variables, convencionales y genéricos. Las palabras, explica una y otra vez el *Treatise on Language*, suelen emplearse en el razonamiento sin sentido (*meaning*), esto es, sin referencia a fenómenos efectivamente percibidos, y son así origen de continuos sofismas. Las formas del lenguaje aplicadas primeramente a la experiencia sensible, tendemos luego a utilizarlas allí donde falta esa experiencia; tendemos a suponer que a donde los sentidos no llegan puede llegar el lenguaje². El libro de Johnson abunda en críticas a opiniones filosóficas y científicas cuyo error o ambigüedad se explica por la falta de toda clara referencia a una percepción sensorial. Las especulaciones filosóficas, nos dice, suelen no ser otra cosa que deducciones verbales de nombre y definiciones; un cambio de convenciones idiomáticas basta para determinar el nacimiento de un nuevo sistema de filosofía.

Es evidente, para todo lector del *Treatise on Language*, la afinidad de estas consideraciones negativas sobre el lenguaje con las de la tradición empirista inglesa, aunque el extenso ensayo crítico de Mr. Rynin no se detiene a estudiar en detalle esa relación. Si, por otra parte, el libro de Johnson suele traernos a la memoria las denuncias de Kant contra la vaciedad de los conceptos sin intuición, es porque también a Kant llegan las doctrinas — tan familiares y gratas a Johnson — de Locke, Berkeley y Hume sobre la imperfección del lenguaje como instrumento cognoscitivo. Mucho mayor empeño pone Mr. Rynin en mostrar cómo las ideas de Johnson sobre el sentido de las expresiones idiomáticas, en cuanto estrictamente limitado a las experiencias particulares a que se refieren, prenuncian las de los modernos pragmatistas, instrumentalistas, "operacionalistas" y positivistas lógicos, las de Mach y Pierce, las de Bridg-

¹ Aunque nacido en Inglaterra, Johnson vivió desde su infancia en los Estados Unidos.

² Johnson identifica en más de un pasaje lo ideal con lo verbal. El punto matemático, dice alguna vez, es verbal, puesto que no es sensible.

man, las de Wittgenstein y Schlick sobre el papel del lenguaje científico como ordenación económica de los datos de la experiencia y sobre su sentido como posibilidad de comprobación práctica. Lo cierto es que a menudo las opiniones de Johnson llaman la atención por su modernidad (o, si se prefiere, llaman la atención sobre la vejez de muchas modernas opiniones), y así como el lector de Saussure ya encontrará aquí formulado su "segundo principio", el del carácter lineal del significante³, así para el lector de Bergson sonarán a claras anticipaciones las alarmas de Johnson contra la común tendencia a suponer en la naturaleza las "limitaciones, clasificaciones, ambigüedades, imperfecciones" que en realidad no pertenecen sino al lenguaje. "Buscamos en la naturaleza una unidad que sólo existe en el lenguaje" (pág. 73); la unidad de mil *blancuras* no es más que verbal; inventamos teorías con que establecer en la naturaleza una misteriosa unidad que suponemos debe existir en ella, pero que de hecho la naturaleza no ofrece (págs. 78 y 81); disponiendo nuestro lenguaje de escasas formas para multitud de impresiones, sólo damos nombre a algunas de éstas, precisamente a las que nos son útiles (pág. 50). Las semejanzas son aún mayores cuando se nos habla de la inadecuación del lenguaje para expresar sensaciones y sentimientos, que deben repartirse, nos dice Johnson, entre unas pocas y gruesas categorías verbales (pág. 163), grave estorbo para "todo discurso relativo a nuestra experiencia interior" (pág. 251).

Johnson es, en sus observaciones sobre las insidias del lenguaje, excesivo y parcial, y el no distinguir entre significación y objeto significado lo hace caer en fácil escepticismo. Quien lea el relato de un viajero, nos dice, creará, ilusoriamente, ver lo que el viajero ha visto (pág. 91); toda proposición significa una cosa para el hablante y otra para cada una de sus oyentes (pág. 126); toda palabra encierra tantos sentidos como sean los objetos a que se refiere (pág. 112). Es fácil advertir el valor fluctuante con que la palabra *meaning* aparece empleada en este libro, y el empeño de Johnson en rechazar la validez de toda agrupación de objetos en géneros y especies (como la que sistemáticamente lleva a cabo la ciencia) no viendo en ella sino un arbitrario expediente verbal que falsea la naturaleza de los objetos mismos. Esta crítica del lenguaje escrita hace más de un siglo no es, en el fondo, menos violenta que la de Mauthner. Y no menos lúcida en la forma, aunque más académica y ceñida. Pero no fué lectura para muchos ni aun al tiempo de publicarse, y su altivez desdeñosa y agresiva y lo peligrosamente heterodoxo de sus conclusiones debieron contribuir a que la obra cayese pronto en completo olvido. "No pretendo resucitar a los muertos", decía de ella el propio Johnson.

RAIMUNDO LIDA.

El Colegio de México.

³ Sólo que Johnson extiende también ese rasgo al pensamiento verbal, al significado, inseparable del significante: "Verbal thoughts are limited, like audible words, to a consecutive formation. . . . Speech is limited to an utterance of successive syllables. Verbal thoughts require a similar succession of syllables. The phrase *our father* we can no more condense into one thought, than we can pronounce the words in one articulation. . . . We think words themselves" (pág. 93).